



Reflexiones sobre la Educación General en el Puerto Rico de hoy

José Echevarría Yáñez

Señor Rector del Recinto de Río Piedras de la Universidad de Puerto Rico.

Señor Decano de la Facultad de Estudios Generales.

Señores Decanos Asociados de Asuntos Académicos y de la Facultad de Estudios Generales.

Señora Directora del Programa de Bachillerato de la misma Facultad.

Señores Directores de Departamentos.

Distinguidos Colegas.

Compañeros estudiantes:

Agradezco profundamente a las autoridades de esta Facultad, y en particular a su Decano, mi distinguido amigo de tantos años, el Dr. Carmelo Rosario Natal, y a la Lcda. Eneida Vázquez, Directora del Programa de Bachillerato en Estudios Generales, que se me permita regresar a estas aulas que , por las razones que explicaré, tanto significa para mí y de este modo,

Ponencia que presentó el Dr. José Echevarría Yáñez en la Lección Inaugural del Curso Académico (1987-1988) del bachillerato en Estudios Generales celebrada el jueves, 20 de Agosto de 1987.



encontrarme aquí otra vez con tantos antiguos amigos. Con la venia de dichas autoridades y la de mis colegas profesores, desearía poder distinguir mi discurso de hoy, ante todo, a los estudiantes que ingresan ahora a la Universidad, pues, me parece que con ellos tengo el más urgente deber de hablar.

Dando por concedida esta venia, digo, pues, a los estudiantes:

Mis jóvenes amigos:

Permítanme comenzar con una sentencia que acaso pueda parecerles un tanto filosófica, pero que se irá aclarando, espero a lo largo de esta prolongada oración.

El tiempo de la existencia humana está puntuado por momentos de repetición. Se repite algo y ya ocurrido, ya vivido por nosotros, una o muchas veces; pero se repite con variantes. En Tales momentos se avanza hacia algo nuevo, que aún no conocemos, pero, a la vez, se regresa hacia nuestro más remoto avance, hacia nuestro nacimiento, hacia el acto de nacer. Vivir es repetir una y otra vez el acto de nacer.

Nacen ustedes hoy a una nueva modalidad de existencia: la vida universitaria. Y puedo imaginar lo que ustedes sienten puesto que, en una oportunidad ya lejana en el tiempo, sentí pesar sobre mí, con esa misma mezcla de ansiedad y esperanza que ustedes me imagino experimentan, la pregunta "¿qué será esto?" Pero no es mi ingreso a la Universidad de Chile lo que ahora deseo evocar ante ustedes.

Ocurre que en este mes de agosto en curso se cumplen 32 años de mi llegada a Puerto Rico, a esta Universidad y mas precisamente a esta Facultad. Aunque nunca he dejado de ser un estudiante, aunque, pese a mis años, me siento mucho más estudiante que maestro, debo decirles que, al arribar a Borinquen bella, yo ya había estudiado mucho y hasta había obtenido un doctorado en París. Y, sin embargo, tuve, al llegar aquí, un sentimiento análogo al que ustedes pueden tener ahora: el de estar naciendo a algo nuevo, desconocido para mí, en que me sentía amenazado de fracasar, pero en que yo quería insertarme bien o mal, mejor bien que mal. Para que comprendan la analogía voy a recordar ante ustedes algunas circunstancias de mi primer contacto con Puerto Rico. Yo no conocía este país, no sabía cómo era. Nunca había vivido antes en el trópico. A los Estados Unidos, tan presentes aquí, sólo los había visto en películas. Muchas palabras del habla puertorriqueña me resultaban extrañas, casi incomprensibles: "OK" por sí, se desconcertaba; "espejuelos" por anteojos o lentes, me parecía curioso. Asociaba "marquesina", palabra muy castiza, pero inusual en mi país, a una joven marquesa; cuando me decía "imira p'allá!", volvía la cabeza hacia allá y no veía nada digno de ser mirado; y al oír "¿quiere pon?" entendía que me pedían que pusiera algo. Al revés, palabras de mi vocabulario habitual carecían aquí de significado por lo que hube de renunciar a emplearlas. Nunca había visto casa en cuyas ventanas no hubiera cristales, muy abiertas al espacio exterior y los vientos. Y todavía no

me he referido a la Universidad ni a las tareas que ello me impuso. Yo había sido contratado como conferenciante. Escribí preguntando sobre qué iba a conferenciar aquí. Me contestaron que habría de enseñar el curso de Humanidades.. Volví a escribir preguntando qué era eso. Respondieron: " No se preocupe usted, no va a tener dificultad." Sólo me aconsejaban que procurara llegar con un mes de anticipación al inicio de las clases, " para que se familiarice con nuestro ambiente" , decía la carta. Mas como, tras el doctorado, yo tenía que viajar de París a Santiago de Chile y arreglar allí diversos asuntos relacionados con mi familia y su eventual traslado a Puerto Rico, sólo pude llegar aquí en un día de agosto de 1955, un día como éste, un jueves en la noche, si no me equivocó, en circunstancias de que las clases se iniciaban el lunes siguiente. Cuando el viernes en la mañana tras saludar al decano, recibí la lista de las obras que tres días después yo iba a comenzar a enseñar, sentí que las piernas me flaqueaban. Algunas las había leído en mi ya remota juventud, otras sólo las conocía de nombre o de vista. Disimulé mis temores y, eludiendo las amables invitaciones que se me habían hecho, fingiendo que necesitaba adaptarme al clima, me encerré en mi cuarto en la Casa de Huéspedes a fin de estudiar esas obras cuyo conocimiento yo estaba obligado a aparecer como maestro pocos días después. Para mayor inseguridad mía, se me hizo claro que mi contrato era por un año académico, que durante este año se me evaluaría y que sólo si mi evaluación era favorable me lo renovarían. Por lo que me

preguntaba: ¿qué haré si ya he trasladado a mi familia de Chile a Puerto Rico y me evalúan negativamente?

Si me he detenido en estos episodios tan pretéritos es para mostrarles que la situación en la que ustedes se encuentran hoy se repite a lo largo de la vida, y que , tal vez , la de alguno de los excelentes maestros que ustedes tengan no sea muy diferente de la que ustedes viven, que tal vez algunos se sienten como ustedes, como yo entonces, azorado y sin saber bien si podrán sobrevivir en esta situación.

Quisiera también, al evocar aquellas circunstancias de mi llegada, que ustedes comprendieran que no sólo los estudiantes aprenden de los maestros, sino también los maestros con los estudiantes y de los estudiantes; aunque no siempre del modo tan espectacular como fue el mío; en suma, que la enseñanza no se hace en una sola dirección, que es un proceso de dar y recibir, de aprendizaje recíproco y en diálogo. Si ustedes se entregan a este diálogo, entre ustedes y con los maestros, éstos aprenderán de ustedes, tal vez precisamente de sus preguntas, dudas, o equivocaciones, a ser más claros, más precisos y convincentes, a estar aún mejor informados, se verán obligados a estudiar más y mejor, y llegarán a ser mejores maestros.

Sobreviví con éxito a aquella prueba difícil. A los pocos años me dieron permanencia y me ascendieron a catedrático sin que yo lo solicitara. Once años después de haber sido acogido por esta Facultad, llegue a ser decano de ella.

Vivir es repetir con variantes, le decía. En agosto de 1967, hace por tanto veinte años, dije en mi calidad de Decano, unas palabras de bienvenida a los estudiantes que se incorporaban entonces a la Universidad procurando explicarles lo que son los estudios generales. Aunque más tarde elaboré otros pensamientos al respecto, a los que aludiré después, creo que lo central de ese mensaje conserva ahora su validez.

Examinaba yo en esa ocasión las palabras que conformaban esta locución y puesto que las palabras, como los artefactos, pierden a veces con el uso prolongado parte de lo que fue su propósito originarios, me remontaba, por la etimología, a su origen.

Aquella época fue la de las grandes revueltas estudiantiles en diversas partes del mundo. Los jóvenes, movidos por la guerra de Vietnam, por la revolución cubana, también por el ejemplo de otros jóvenes de otras latitudes, querían afirmarse y desarrollar sus propios valores e iniciativas. Procurando poner un dique a tanta efervescencia y agitación, se acuñó la Frase: La Universidad es una casa de estudios. La imagen que ello sugería era la de un muchacho o una muchacha sumidos en la lectura de un libro, absortos por un microscopio, atentos a la lección de un profesor; esto es, en la biblioteca, en el laboratorio, en el salón de clases. Bien: casa de estudios, por cierto, ha de ser la universidad. Empero la palabra latina studium no apunta sólo a aplicación y diligencia en el aprendizaje, sino, además, a ardor, celo, esto es, a asombro y entusiasmo. Cogemos un libro distraídamente, y, de pronto, sentimos que el libro

nos ha cogido a nosotros y, pese a que nos habíamos propuesto acostarnos a las 10:00 de la noche, no nos suelta hasta las 3:00 de la madrugada. Los lingüistas, además, nos enseñan que el sonido inicial st- una s seguida de una t- suele caracterizar en los idiomas indo-europeos – como en estampido, estímulo, estridente, estupefaciente, estupefacto, estúpido, en el inglés stop, palabras que denotan choque o conmoción. Sea todo esto para decirles que el estudio sólo es tal cuando está cargado de emotividad, cuando logra conmovernos, cuando nos hace arder en celo vehemente. Buen estudiante, no es, pues el que se cultiva una actitud de fría pasividad, de neutralidad ante lo que lee o escucha. Es más bien el que está dispuesto a amar lo que los libros dice, lo que sus autores fueron, lo que los maestros se esfuerzan por transmitir. Pero el amor requiere paciencia, labor. “Amar es amargo ejercicio” dije hace 20 años, citando a Gabriela Mistral. No sólo amargo, acoto ahora que los años me han tornado más benévolo; es también fabulación, es juego, sobre lo que habré de volver. Y de los estudios que en esta Facultad se cultivan decimos que son generales. ¿Por qué? Hay varias razones para calificar estos estudios con tal adjetivo. Son Generales porque deberían realizarlos la generalidad de los hombres, todos de ser posible, si aspiran a una madurez cultivada y plena. Más tarde se dispersan: unos serán abogados, otros médicos, arquitectos, contables, profesores, funcionarios públicos, administradores de empresas o lo que fuere. Pero aquí- en Estudios Generales- se pretende que todos se familiaricen con las diversas disciplinas sin que adopten todavía una resolución sobre lo que habría de ser

luego, o proponiendo esa opción si ya la hicieron. La física, la biología, la literatura, la sociología o la teoría política con que aquí entran los estudiantes en contacto no es todavía lo que deberá conocer el futuro físico, biólogo, literato, sociólogo o teórico de la política. Es lo que cualquier hombre debería conocer si ha de saber la clase de mundo que le ha tocado por suerte vivir, las distintas facetas que este mundo y este tiempo tienen.

Lo dicho hasta aquí nos refiere a otro sentido que tiene la palabra "general" con la que califica a los estudios que en esta Facultad se llevan a cabo. No serán sólo los estudios que la generalidad de los seres humanos deben realizar: son estudios generales por su contenido mismo, porque eluden la especialización que los estudiantes ya tendrán oportunidad de adquirir más tarde. Por fin, la etimología nos enseña que general deriva del radical gen en latín y griego, deformación del sánscrito ja, jan, por lo que tal palabra, que está emparentada con genes, genital, g;enesis, generar, progenitor, remite a engendrar, a hacer nacer. Lo general en esta última acepción es, pues, lo que engendra, lo que genera o hace nacer. ¿Qué se genera? ¿Qué nace? Cultura. Pues ésta no está ahí, como una cosa dada, que bastaría coger, aprehender, sino como organismo en proceso de engendrar cada vez nuevas ciencias, nuevas artes nuevas costumbres, nuevas actitudes ante la ciencias y las artes.

Hacerse cargo de la cultura es participar en este proceso de continuada génesis.

Mas acabo de decir "artes" y "ciencias" y, en efecto, ¿no aparece la cultura en nuestro tiempo dividida, escindida, desgarrada en dos continentes que un abismo separa, el de las ciencias y el de las artes y las letras, continentes cuyas poblaciones respectivas se miran con recíproca suspicacia y animadversión. Así se ha dicho, así es y esto ha de ser tema de preocupación para quienes son responsables de las instituciones de educación superior.

No es de extrañar, por tanto, que el Lcdo. Fernando Agrait, poco después de ser designado Presidente de esta Universidad, me encomendara que copresidiera, con el Dr. Manuel Martínez Maldonado, un Comité que ha venido durante año y medio ocupándose de este problema. No voy a dar cuenta aquí de los trabajos de tal comité y ni de las múltiples y valiosas aportaciones que a él se han hecho. Sólo voy a darles un resumen de lo que yo he pensado al respecto. En mi opinión, hay dos disciplinas, sólo dos, que permiten aproximar las ciencias de las artes y las letras: son la historia y la filosofía. Por desgracia, en la organización administrativa actuales de las universidades, estas dos disciplinas se tienden a aproximar tan sólo a las artes y las letras, y hasta a fundir con ellas una Facultad de Humanidades o de Letras y Ciencias Humanas alejadas de las ciencias naturales y a veces hasta de las ciencias sociales. Mi consejo práctico al Presidente Agrait fue, pues, que desmembrara la actual Facultad de Humanidades, que la redujera a Facultad de Artes y Letras y que fundara una nueva Facultad con Historia y Filosofía, la que operaría como elemento coordinador e integrador de todas las demás facultades universitarias. ¿Qué nombre darle a

esta nueva Facultad? Pensé, por un momento, recordando a Ortega y Gasset en "Facultad de Cultura". Pero deseché esta denominación por dar ella a entender que lo demás, que en otras facultades se aprende, no es cultura. Dada la función que cabría atribuirle, me apareció más adecuado el nombre de Facultad Central. Pero, mirado de nuevo el asunto de cerca, tal Facultad sólo sería en verdad el crecimiento y la culminación de una Facultad de Estudios Generales bien entendida. Los Estudios Generales son tal vez, pero si no lo son deberían llegar a ser, una vez perfeccionados, el centro, el tronco de toda la institución universitaria. Si esto es así, cabe preguntar qué papel desempeñan en esta Facultad las dos disciplinas que, a mi entender, permitirían organizar, articular, coordinar las ciencias con las artes y las letras esto es: la filosofía y la historia.

¿Por qué estas dos disciplinas, por qué precisamente éstas y no otras? Porque ellas abarcan a todas las demás porque hay una historia de la química, de la física, de la biología, pero no hay, salvo por vía de metáfora, una química de la historia, una física o biología de la historia; porque hay una historia de la pintura, de la música, de la poesía, pero no hay, salvo en sentido metafórico, una pintura de la historia, una música de la historia, una poesía de la historia; — porque hay una filosofía de la física, de la química, de la biología, de las ciencias en general, así como la hay de las artes, pero la conversa, salvo la metáfora, tampoco es aquí posible (no hay física, química, pintura, etc., de la filosofía).

La historia capta a todas las disciplinas y actividades humanas en su despliegue en el tiempo, es diacrónica; la filosofía la aprehende en su sistema y su raíz, es sincrónica.

En cambio estas dos disciplinas, que se erigen por sobre todas tienen igual rango: por esto hay una historia de la filosofía y una filosofía de la historia.

Permítanme decirles unas pocas palabras respecto de la filosofía, para luego extenderme algo más sobre la historia.

No voy a pretender explicar aquí lo que es la filosofía: la tentativa de hacerlo me toma regularmente un curso de un semestre.

Sólo quisiera recordarles que la filosofía pretende captar lo que es, no es su dispersión caótica, sino en su radical unidad. En un curso de humanidades pueden mostrarse algunas tentativas que grandes filósofos—Parménides, Platón, Aristóteles, San Agustín, Santo Tomás, Descartes, Spinoza, Kant, Hegel, y muchos más—han hecho para dar con lo que es. Pero hay otra vía, complementaria a ésta, para alcanzar este fin: saber de algo es delimitarlo, es distinguirlo de lo que no es él; y esto se hace dándole un nombre, que lo reúne con otras cosas que le son similares y lo desprende de las demás sin por ellos dejar de relacionarlo con ellas. El filosofar comienza en la elocución, en la palabra, en la frase. Se puede aprender ontología, epistemología, lógica, analizando una frase, la función que en ella tiene el verbo ser, por ejemplo, o el modo como varias frases se enlazan. Sin perjuicio de la referencia a los grandes filósofos y sus doctrinas y al par con ella, la filosofía debería enseñarse, en sus

inicios, a partir de la lengua. La lógica, el saber cómo derivar un saber de otro en forma coherente, se identifica, en sus inicios, con el habla y la redacción correctas. Por esto, sólo puedo aplaudir el título de un curso que ofrece el Bachillerato de Estudios Generales sobre la redacción como proceso de razonamiento, a cargo de la profesora Ivonne Sanavitis, y el que se auspicie que la profesora Carmen Martínez programa la enseñanza de ciertos elementos de lógica ya en escuela elemental y secundaria.

El modelo de la estructura gramatical correcta puede variar de una lengua a otra, por ejemplo del castellano al inglés, pero la estructura lógica subyacente respecto de la frase es la misma y se reencuentra. Esta unión de idioma y lógica se disocia, sin embargo cuando la lógica se aleja del lenguaje común, por ejemplo en la fórmula algebraica o cuando el habla se aleja de la exclamación, en la interjección, o se convierte en puro juego verbal sin más exigencia que el ritmo y la melodía de la elocución como suele ocurrir en la poesía. Otra disciplina que la filosofía incluye y que aquí creo que se debe destacar es la ética, esto es el problema de cómo debo conducirme. Por cierto, me hago cargo de que la ética no se aprende en un curso; que adoptamos una conducta que nuestra ética aprueba o reprueba por razones psíquicas o sociales, como casi siempre ocurre, a menudo ajenas a lo que los maestros o los libros dicen. Pero la ética está hoy en renovación y lo que los grandes filósofos del pasado escribieron sobre la ética puede permitir al menos, siguiendo o transgrediendo sus enunciados, fundar en razón nuestros juicios éticos sobre la

conducta propia o ajena. Basta de filosofía: no creo que sea el momento de introducir en el planteamiento de los jóvenes suspicacia epistemológica o metafísica, a las que algunos más tarde se verán expuestos.

Concentrémonos, pues, ahora, en la historia. ¿Por qué habríamos de dar tanta importancia al pasado? Porque necesitamos legitimar nuestra acción presente con miras al porvenir y buscamos en el pasado que se prolonga hasta el presente esa legitimación que ello requiere.

Ante todo, bueno es aclarar que, al decir "historia", no tengo en vista las historias tradicionales, con su énfasis puesto en los príncipes, en los gobernantes y en las guerras. Una historia genuina, una historia de la cultura, debería poner menos énfasis en Napoleón y más énfasis contemporáneos suyos como Bethoven, Goethe, Goya, Laplace, Lamark, precursor de Darwin. Pero hay más: una historia genuina no es sólo, no puede ser solo, la de los grandes creadores, la de las hazañas de la cultura. Hay que comprender además los modos de vida y no quedarnos en las de las clases privilegiadas, sino ir a examinar también la de los humildes y los explotados, aquellos que Ángel Quintero Rivera y Lydia Milagros González han llamado su excelente libro de este título, "La otra cara de la historia", vale decir , la cara que se cubre.

Los cursos de Estudios Generales son todos o eran todos hasta la última vez que supe de ellos, cursos históricos que seguían un orden cronológico. Esta característica permite articularlos de modo tal que los maestros de los distintos departamentos, actuando en forma coordinada, ofrezcan en conjunto y a la vez,

diferentes perspectivas respecto a una época. Por ejemplo, es posible que, mientras en ciencias físicas , un maestro enseña los argumentos de que se vale Galileo para probar que la tierra gira en torno al sol, en ciencias biológicas, otro enseñe las pruebas de Harvey sobre la circulación de la sangre, que en Humanidades se lea el Discurso del Método de Descarte y se enseñe la génesis del barroco en las artes, que en Español se estudie a Cervantes o a Calderón y en Inglés se lean pasajes de Marlowe, Shakespeare o Milton, y en Ciencias Sociales se estudie la primera pugna de la burguesía en ascenso rompiendo ya con la ética feudal, no menos que los nuevos modos de producción que entonces despuntaban y las formas de vida vigentes en Europa y en ambas Américas en la primera mitad del siglo XVII. El que los maestro empeñados en esta tarea con los mismo estudiantes conversen entre sí, el que asistan a las clases otros, el que discutan ante los estudiantes y con ellos en foros sobre los temas que tratan, el que se reúnan periódicamente a intercambiar opiniones, esto que , en una conferencia que dicté como decano el 4 de febrero de 1969, llamé grupo docente interdisciplinario, me parece ser el instrumento para articular los recursos unos con otros y para que todos los maestros multipliquen sus propias experiencias y sus fuerzas, gracias a la confrontación con las de los demás.

Lo que inspiraba esa antigua conferencia mía, que llevó el título algo críptico de “El concepto de conciencia posible y su aplicación a la educación general”, de cuyo contenido he dado sendos resúmenes más tarde, era mi preocupación de que los cursos no capturara la atención de la mayoría de los

estudiantes, por quedar precisamente , más allá de los límites de su conciencia posible, de las preocupaciones y problemas que son los suyos. Es difícil, en efecto, que un joven puertorriqueño que vive a fines del siglo XX pueda adaptarse fácilmente al mundo de Homero de hace casi 2800 años, no menos que a un texto escrito por un físico para otros físicos a fines del Renacimiento. Proponía yo, por tanto, tomar acto, el más común y cotidiano de los actos, el de alimentarnos, con el que nadie puede dejar de estar familiarizado, y desde allí, desde el acto nutricional primordial, reconstruir todo el ámbito de la cultura. Persiste mi interés en que alguna vez se ensaye siquiera esta posibilidad pedagógica a la que sigo atribuyendo grandes virtudes para un ordenamiento del conjunto cultura.

Pero hay también otras posibilidades, acaso menos radicales, pero emparentada con aquella, para abordar la cultura en su dimensión histórica.

En un foro en el que participé en 1963, mi distinguido amigo, el historiador húngaro Miguel de Ferdinandy, dio una definición de la historia que me pareció justa y bella. Al iniciar su intervención, dijo aproximadamente esto: "Voy a procurar decirles, en un fórmula, aquello en que consiste toda mi sabiduría: la historia es, en su origen, lo que el padre le cuenta al hijo sobre el abuelo". Continuó Ferdinandy: "permítame añadir a esto un recuerdo personal: mi propia vocación de historiador nació de este modo, pues, siendo yo niño, mi padre me llamaba a su despacho, me sentaba a su lado y me hablaba de su padre. Y, como, yo no entendía a veces, tenía que explicarme qué era el Imperio

Austro-Húngaro, cómo se derivaba del Santo Imperio Romano-Germánico y éste de la Roma Antigua, etc.”

Observen ustedes. El punto de partida es aquí la relación en el presente del hijo con su padre, quien quiere evocar el pasado inmediato: su propio padre, el abuelo del niño.

Pienso que es importante saber quién es el abuelo, poder evocarlo. Esto es lo que nos confiere la hidalguía, ascendencia, esa altivez sin la cual podríamos permitir que se nos humillara o vejara como individuos o como pueblo. Tener abuelos, quienes también los tuvieron, es ser bien nacido, y un ser humano bien nacido no se deja arrastrar por el fango, responde a la afrente con dignidad y valor o bien con desprecio.

No aludo a títulos ni a abolenos ni a privilegios de antepasados. No pido historia autocomplaciente o patrioter. No se trata de decir “somos mejores”, sino de decir “somos nosotros”. La historia es nuestra señal de identificación.

Pues bien, esto que aquí he traído a colación, evocando palabras de mi amigo Ferdinandy, coincide con una interesante iniciativa de que me ha venido hablando la Lcda. Envida Vázquez en los días pasados y que, por cierto, bajo la dirección del ilustre historiador que el Carmelo Rosario Natal, puede dar a todos frutos: ello consiste en tomar como punto de partida a Puerto Rico, al Puerto Rico del presente en que nosotros vivimos, con sus temas, y problemas, como punto de arranque para la educación general. Invertir el trayecto: no partir de la Grecia Antigua y el Génesis para desembocar, si acaso, en Puerto Rico, sino a

partir de Puerto Rico y rastrear su orígenes. En biología: no partir de la célula, sino del mangle, del yunque, o del patio de la casa. En la lengua, no partir del español de Castilla, sino del que aquí está vivo porque es el que hablamos.

¿Desembocaremos así en el Génesis y en la Grecia Antigua? Desde luego, pero al invertir la dirección del tiempo, nos descubrimos, además otros orígenes, otros antepasados, y parentescos, ampliando el espectro de nuestro pasado; lo enriquecemos también.

La cultura oficial reprime otras. La España de los cristianos viejos quiso olvidar su raíz musulmana. Siguiendo las huellas de América Castro y entre otros la profesora Luce López Baralt debemos ir a su encuentro. La colonización de América por Europa quiso olvidar las culturas precolombinas: debemos recuperarlas. Nuestras rivalidades, nuestros nacionalismos, no menos que interesadas influencias foráneas, logran disolver la familia de los países de América Latina: debemos reconstruirla. El racismo de los colonizadores esclavistas del Norte y del Sur quiso que el negro no se viera, privarlo de su identidad y que olvidara la Guinea ancestral, su cultura de la que todos somos deudores. No debemos permitir que este propósito se consume.

Esto último significa dar seguimiento a la magna empresa poética y cultural de Luis Palés Matos: descubrir, en el sentido literal de des-ocultar lo encubierto, de rescatar lo que se quiso olvidar, esto es: dar con la genuina raíz de Puerto Rico, que no es sólo la hispánica como se ha pretendido al identificar este pueblo con el jíbaro blanco de la montaña, que es, en palabras de Palés,

“mitad española y mitad africana”. “No conozco ni un solo rasgo colectivo de nuestro Pueblo, declara Palés Matos a Ángel Negrón Muñoz en la entrevista publicada en El Mundo de 13 de noviembre de 1932, que no ostente la huella de esa deliciosa mezcla de la cual arranca su tono verdadero el carácter antillano. Negarlo me parece gazmoñería. Esta es nuestra realidad y sobre ella debemos edificar una cultura autóctona representativa, con nobleza, con orgullo y plena satisfacción de nosotros mismos ”.

El presente del que parece lícito reclamar que se parta no es, claro está, un instante de hoy a las 11:00 de la mañana, se incorpora el pasado próximo y el porvenir ya realizable, y comprende por tanto varios decenios. Me parece que elementos artísticos y sociales de este presente puertorriqueño se pueden encontrar, por ejemplo, en las tan excelentes crónicas-novelas de Edgardo Rodríguez Juliá, Las tribulaciones de Jonás y El entierro de Cortijo, no menos que en el breve y magistral ensayo de José Luis González El país de cuatro pisos, que sólo tiene tres pisos, puesto que el llamado primero, según el pensamiento del propio autor, antes que piso es cimiento de los otros y está presente en ellos como exigencia de autenticidad.

Aunque las obras citadas y otras muchas que cabría citar, de Emilio Díaz Valcárcel, de Luis Rafael Sánchez, etc., tienen todas ya algunos años, son sin embargo parte del presente de Puerto Rico y sus autores no están aún ni en la sepultura ni en estatuas ni en nombres de calles, sino de cuerpo presente, ahí de carne y hueso, a ojos vista y a oídos abiertos.

Y esto me conduce a una consideración con la que he de terminar. Cuando ustedes se aproximen a los grandes clásicos no los sitúen en la zona de lo excelso, de lo sublime e inalcanzable, no los vean como estatuas. El hombre creador, el artista, el poeta, el sabio que enuncia una nueva hipótesis, es siempre alguien que ha sabido permitir que se exprese el niño que él fue y que sigue siendo. La creación de cultura, tiene mucho de travesura. El creador de cultura es tal porque, sea cual fuere su edad, siguió siendo joven. Ustedes aquí no se van a encontrar con viejos serios y arrogantes, sino entre jóvenes tan jóvenes como ustedes, aunque alguno, como en el caso de Cervantes, concibiera y escribiera ya de viejo su obra mayor. El Quijote es ante todo una obra para hacer reír, un gran chiste, una tomadura de pelo. Solo después de haberlo entendido así se le pueden descubrir otras significaciones.

Bien sé que al ingresar en la universidad ustedes piensan que se incorporan ya al mundo serio de los mayores, al ámbito del trabajo, en que ya no se juega, y que se preparan para ser buenos profesionales, cumplidos funcionarios, excelentes secretarios. Pero los maestros de Estudios Generales intervienen aquí para decir, ¡Un momento! No nos apresuremos a ponernos serios, ya habrá tiempo para que el profesional profese, para que el funcionario funcione y para que los secretarios guarden secretos. Todavía es hora de jugar con los variados objetos de la cultura: de arrojar la bola de la química para que vaya a chocar contra la de la poesía, de apuntar con la flecha de la pintura hacia lo blanco de la teoría política, de tirar el tejo de la relatividad a ver si cae en el

cuadro del psicoanálisis, de darle a la pelota de la fisiología para ver si le gana un punto a la teología.

La universidad es una empresa de formación en la que se crece, en la que maestros y estudiantes, solidarios todos, aspiramos a crecer juntos y por esto nos debemos respeto los unos a los otros. Pero esta empresa sería no por eso deja de ser festiva y en ninguna otra parte ha de serlo tanto como en Estudios Generales.

Yo he venido a invitarlos a la fiesta de Estudios Generales.